

aspecto; *condición* por cuyo medio el hombre, suple su insuficiencia y se pone en disposición de cumplir su destino.

El derecho que tiene el niño para exigir de su familia y del Estado la competente educación ó desenvolvimiento de sus facultades en el orden del bien, es incontrovertible, así reconocida por los modernos jurisconsultos y por el moderno derecho, que reclama justamente del Estado, la educación é instrucción en todas las esferas de la vida. «La instrucción es evidentemente un derecho del niño, porque es una condición social de la vida racional,» dice Tiberghien. Conformes con este principio, los pueblos más adelantados han reconocido en sus Códigos, la enseñanza primaria obligatoria.

Más adelante, al tratar de las relaciones del Estado con la educación, ampliaremos esta materia cuanto sea necesario á los fines que nos proponemos; por ahora solo veremos rápidamente las relaciones que han existido entre el derecho y la educación, desde los antiguos hasta los tiempos modernos.

En los pueblos antiguos, especialmente en el Oriente, no se llegó jamás á la concepción de la personalidad humana. Tan bella noción se obscureció por las sombras que proyecta sobre el Universo y sobre el hombre, la fatal filosofía panteísta que absorbió al individuo aniquilando al sér humano, sin permitirle elevarse hasta la conciencia de sí, hasta la conquista de su yo y de su personalidad, con todos los derechos que le competen; en tal virtud, allí la educación se hizo un privilegio y no un derecho, privilegio de que go-

zaban solamente las castas más elevadas y del cual no podían disfrutar las inferiores.

La Grecia, primero con Pitágoras, después, con Platón y con Aristóteles, formó una escuela en que la personalidad humana llegó á concebirse aunque de una manera vaga y puramente ideal, concepción que se reflejaba en el Estado, en la sociedad, en el derecho y en todas las esferas de la vida. Naturalmente, tendría que suceder que una vez concebida la personalidad humana se atendería de preferencia á aquello que la cultivara y perfeccionara, es decir, á la educación; de aquí es que ésta haya sido en la Grecia de trascendental importancia. Platón, funda toda su filosofía en este principio: "*El bien supremo del hombre es asemejarse á la Divinidad*, y bajo este principio concibe el Estado como una institución de educación para el bien divino. Aristóteles, señala á la filosofía el mismo fin y el mismo principio supremo, así es que ambos miran la educación hasta cierto punto como un derecho del niño, pero un derecho que no nace directamente de la naturaleza humana.

Roma, que hizo tan grandes progresos en la ciencia del Derecho, no llegó sino á concebir al hombre como una persona reconocida así por el Estado, pero no antes y por encima del Estado; y aunque es cierto que Cicerón vislumbró el origen del Derecho en la naturaleza del hombre; esta idea del gran orador romano fué vaga é incompleta.

Al Cristianismo estaba reservado plantear la verdadera y completa idea del Derecho, proclamando la unión divina y humana en el hombre, y colocarle so-

bre el orden civil y político, como miembro de un orden divino de donde saca su personalidad y los derechos absolutos que le acompañan. En fin, la educación, en virtud de la gran concepción cristiana, se hizo un derecho absoluto, procedente de la naturaleza humana.

Después del Cristianismo, la ciencia del Derecho se ha venido perfeccionando sucesivamente hasta llegar por los esfuerzos de los sabios á una perfección relativa de que debe gloriarse nuestra época.

La educación que ha seguido la evolución del Derecho, igualmente ha llegado á un estado de perfección que presta grandes esperanzas para el porvenir. En sus relaciones con el Estado se regula hoy bajo los elevados principios, de *libertad*, para todos los grados y géneros de enseñanza, de *obligación*, para todos los hombres sin excepción, en lo que toca á la enseñanza elemental y de *organización* bajo los principios de un orden elevado.

16—La educación y la instrucción.—Varios pedagogos suelen hacer distinción entre la educación y la instrucción y hasta en algunos casos juzgan á una y á otra como términos opuestos. *Los maestros instruyen, los padres educan*; es frase que se oye con frecuencia. Hay quien haya condenado esa distinción como un error, pues si la educación, dicen, es la perfección de todas las facultades del hombre y entre estas facultades está la inteligencia, claro es, que la cultura intelectual, que se llama instrucción, será también una parte de la educación; en consecuencia, no tiene razón de ser la distinción entre ambas esta-

blecida, ó en últimos términos, tal distinción es superflua.

Por nuestra parte no rechazaremos ni aprobaremos sin previo examen la mencionada distinción.

Se entiende por educación, como lo hemos dicho, la elevación del hombre á la cultura; la inteligencia objeto de la instrucción es una parte del hombre; luego se sigue que la instrucción es una parte de la educación, con quien tiene las íntimas relaciones que naturalmente existen entre las partes y el todo. Más esas relaciones no quitan el que haya distinción y algunas veces hasta oposición entre la educación y la instrucción, pues teniendo por fin la educación cultivar al hombre en todas sus facultades y siendo éstas principalmente el entendimiento, el sentimiento y la voluntad, la experiencia nos demuestra que hay distinción y hasta oposición entre estas tres facultades. "Pensar, amar, querer; son tres operaciones profundamente distintas. No siempre un hombre de *talento*, es un hombre de *corazón*, y un hombre de *corazón* puede no ser un hombre de *carácter*. La cabeza [el entendimiento] el corazón y el carácter, son, pues, tres actividades distintas y á veces opuestas. Por la cabeza se conocen las cosas, por el corazón se ama, y por la voluntad y el carácter se obra: el conocimiento, los afectos y las acciones son los tres efectos de estas potencias." (1) Sin embargo de esto, no puede negarse que en tesis general, un espíritu cultivado sabrá dirigir mejor sus afectos y sus acciones, á la vez

2 P. Janet. Tratado elemental de Filosofía, pág. 32, § 35

que educados el corazón y el carácter, dirigirán más convenientemente la inteligencia, pues toda operación educativa encierra un perfeccionamiento, y todo perfeccionamiento, ya en un órgano, ya en una facultad, contribuye más ó menos al progreso de las demás facultades ú órganos que forman el todo. Este principio que aquí dejamos sentado, lo demostraremos más adelante cuando tratemos de las leyes del organismo.

Establecer distinción entre la instrucción y la educación, tan solo porque la primera esclarece é instruye, mientras que la segunda forma y perfecciona el carácter; es aceptar un error, que aunque sancionado por el uso, debe ser ya desterrado de la sana pedagogía. "Toda instrucción, dice muy bien Daguet, debe ser educativa, y toda educación por su parte reclama cierta suma de conocimientos.

En resumen, la instrucción es una parte de la educación.

Pero aquí se presenta esta cuestión: "¿La difusión de los conocimientos en todas las clases sociales, ó sea la instrucción, es condición necesaria para el progreso y la cultura humana?" En otros términos y usando de la tesis propuesta á la pedagogía: "¿Es necesario esperar de la instrucción el progreso moral?"

Dilucidemos la cuestión.

La ciencia, que se ocupa del estudio del alma humana, ha reconocido y comprobado la unidad de ella.

La sola experiencia, sin largos razonamientos científicos, demuestra con evidencia que todas sus facul-

tades están íntimamente unidas. Ese hilo que las ata, por decirlo así, de tal manera las hace solidarias unas de otras, que en perdiendo cualquiera de ellas su actividad, se debilitan necesariamente las otras, así como si una se desarrolla, tendrán que desarrollarse por fuerza las demás.

Un entendimiento cultivado eleva el sentimiento, puesto que le presenta la verdadera belleza, que él persigue; eleva también á la voluntad señalándole el bien, que es su objeto. El sentimiento cultivado, á su vez, llevará á la inteligencia y á la voluntad á sus centros, que son lo verdadero y lo bello; mientras la voluntad, cultivada por su parte, impulsará á las otras dos facultades á sus verdaderos fines.

De esa relación innegable que existe entre las facultades del alma por su unidad y simplicidad, se deduce que la instrucción es un elemento de progreso y de cultura moral.

Por otra parte. El hombre á causa de su limitación é imperfectibilidad, yerra á menudo y en todo. Busca la verdad y en la prosecución de ella, por los caminos de la inducción y deducción, tropieza á menudo con el error y el sofisma. Todo conspira contra la verdad en el hombre; los sentidos, la conciencia, la memoria, la imaginación, la razón y el lenguaje; puesto que tales facultades que le sirven para conocer las cosas, le llevan en muchos casos á adquirir conceptos inexactos de la realidad, relaciones desiguales entre el pensamiento y su objeto, ya haciéndole tomar un sér por otro, una parte por el todo, ó ya el bien por el mal; en una palabra llévanle al error.

El pensamiento, el sentimiento y la voluntad, no alcanzan jamás la verdad en sus respectivas esferas de acción, si no proceden con método. Es necesario, para conocer el conjunto de las cosas que nos rodean y las relaciones que las ligan entre sí, con el Ser Supremo y con nosotros mismos; ir de lo conocido á lo desconocido, ligando todas las verdades que se encuentran al paso, apoyando un razonamiento en otro; es decir, procediendo científicamente, de otra manera, fácil es caer en el error. Según esto, la contraverdad ó el error procede en último análisis, de la ignorancia, que nos oculta el camino para llegar á la verdad.

Si, pues, la ignorancia es la causa de los errores, éstos desaparecen á medida que desaparezca aquella; y precisamente el fin de la instrucción es hacerla desaparecer en cuanto sea posible.

En efecto, el progreso material, intelectual y moral, no se alcanza sino por medio de la ciencia que es el conocimiento organizado ó la organización del conocimiento. El descubrimiento del Nuevo Mundo, de la ley de gravedad, de la vacuna, de la imprenta, de los rayos catódicos, etc.; son productos de la ciencia que con su luz disipa la ignorancia y evita el error, y á la ciencia solo se llega por la instrucción. No nos cansemos; la instrucción es elemento constitutivo del progreso moral y la cultura humana.

La oponión general es, que se hace necesario cultivar el espíritu cuanto más sea posible, en beneficio del corazón y del carácter; por esto se forman con-

gresos pedagógicos y se aboga por la enseñanza obligatoria; por esto muchos sabios de todos los países consagran sus esfuerzos á la enseñanza; por esto muy á menudo aparecen obras que tratan de educación y de instrucción y los gobiernos protegen y favorecen con todas sus fuerzas la enseñanza. ¿Qué se espera cuando se multiplican las escuelas y se forman hábiles profesores? ¿Qué esperan los gobiernos y los particulares cuando protegen tan decididamente la instrucción? Esperan formar buenos patriotas y honrados ciudadanos, difundir el bien por la instrucción y la educación, para que el orden social se mantenga inquebrantable y la marcha de las naciones siga rutas de prosperidad y bienestar. Se espera disminuir el número de males y aumentar el número de bienes. Se espera hacer imperar sobre el mundo la verdad y la justicia, unir con lazo fraternal á los hombres todos, para hacerlos más dichosos y felices. Se espera, en el orden moral, el mejoramiento del individuo y de la especie, inculcándole por la instrucción los principios del deber. En el orden físico, la robustez y salud del hombre en particular y de la raza humana en general, el adelanto de los pueblos y naciones, y el bienestar de las familias y de las sociedades. En el orden religioso, se espera la perfección de todos los seres racionales que reconocen una causa suprema, á quien rinden culto; para unirlos, por la religión, en una sola familia regida por un Padre común.

Sin embargo de lo dicho, hay quien sostenga la antítesis siguiente: "No debe esperarse nada de la instrucción en el progreso de la moralidad."

Entre los defensores de ella se encuentra en primera fila H. Spencer, quien en su obra intitulada «Introducción á la ciencia social,» se burla del entusiasmo universal que se despierta por todas partes en pro de la instrucción, declarando candidez el creer que esta pueda ser elemento de progreso moral.

Las razones de que echa mano el filósofo inglés para sostener su aserto, son en resumen las siguientes: «La instrucción no es lo único necesario para mejorar la conducta.» «No se obra sobre la conducta sino obrando sobre los sentimientos.» Expone además, algunos argumentos sacados de la experiencia, afirmando en conclusión, que los hombres más instruidos no son siempre los mejores, ni los ignorantes son siempre malvados.

No entraremos en la refutación de la antítesis propuesta, defendida tan calurosamente por Spencer. Primero, porque creemos que las razones que dejamos expuestas en apoyo de la tesis señalada, contestan á la antítesis del sabio filósofo moderno. Segundo, porque tal afirmación ha sido refutada victoriosamente por Enrique Marion, en su libro intitulado «Lecciones de Psicología aplicada á la educación;» y tercero porque Spencer se muestra inconsecuente consigo mismo destruyendo con su propia mano, lo que dice y defiende en «La introducción á la ciencia social» con lo que dice y defiende en su obra intitulada «La educación intelectual, moral y física.»

Por no aparecer deficientes en esta interesante cuestión, aunque, por otra parte, el carácter elemental de esta obra exige prudente concisión; transcribiremos

algunos trozos escogidos de la refutación de Marion, así como algunos otros de la referida obra de Spencer, por los que se verá la abierta contradicción en que cae el sagaz filósofo; y esto, á nuestro entender, es el argumento más poderoso que se le puede oponer, y el que echa de un solo golpe por tierra su teoría sostenida tan hábilmente.

“¿Pero, de que la instrucción y educación no sean voces sinónimas, dice Marion, puede deducirse que no hay ninguna relación entre ellas? Este es el lado pedagógico y quimérico de la teoría de Spencer, pues así como el corazón y el carácter influyen en el desarrollo intelectual, hay una probidad científica necesaria al sabio y sin la cual el genio mismo no podría inspirar confianza; y así como el buen profesor estima ver en su clase niños dóciles, obedientes y bien educados, porque está persuadido de que para ellos la enseñanza jamás será estéril, así y recíprocamente, yo afirmo que la inteligencia no puede ser cultivada, desarrollada y ennoblecida, sin provecho para el corazón, y por consecuencia para la educación y el carácter, siendo esto lo que se trata de demostrar.”

“Según las teorías del Sr. Spencer, aparece que es una ventaja moral, al ser ignorante, y en realidad el serlo es excusable en ciertos casos, y aun se puede tener un espíritu limitado sin ser por esto un malvado, pero si la instrucción acrece nuestro valer ¿cómo podemos suponer lo contrario? En un ser como el hombre en que la esencia es el pensamiento ¿cómo la cultura de esta facultad puede suponerse sin influencia sobre las otras?”

"Según la opinión del filósofo inglés que refutamos, la ciencia y la inteligencia casi vendrían á constituir una desventaja, pues que estos dotes solo servirían para darnos consejos interesados, para hacernos hábiles jugadores de la vida, para llenar nuestra sociedad de sabios médicos, y como éstos una multitud de hombres sin escrúpulo."

"A no dudarlo, la instrucción puede llegar á ser funesta en ciertos hombres de una perversidad radical é incorregible; pero en general, ella presta los más grandes servicios á la moralidad. Esto ha sido bien comprendido por un compatriota de Spencer, el historiador Macaulay, quien en 1847, en un discurso pronunciado en la Cámara de los Lores, sobre la instrucción del pueblo, desarrolló esta idea, asegurando que para disminuir el número de prisiones y mazmorras, es necesario multiplicar las escuelas y los maestros, y dedujo, como una necesidad, la instrucción obligatoria.

Hasta aquí Marion, ahora oigamos á Spencer.

«Es indudable que la instrucción, aumentando nuestros sentimientos de dignidad, de firmeza é independencia moral, nos da á la vez que un buen juicio el habituarnos á razonar mejor.»

Además, toda su obra intitulada «La educación intelectual, moral y física,» con especialidad el capítulo primero de ella, está consagrada á demostrar las ventajas de la instrucción y la educación, y en donde no hay más que abrir por cualquiera parte para tropezar con párrafos como el siguiente: «Aunque el aumento de conocimientos de las propiedades y relaciones de las cosas, no solamente ha hecho capaces á las tribus

errantes de crecer y constituirse en naciones populosas, sino que además, ha dado á un incalculable número de sus individuos, comodidades y placeres, que sus pocos y desnudos antecesores, no pudieron concebir ni habrían creído posibles; sin embargo, decimos que esta clase de instrucción apenas principia hoy á ser atendida en nuestros principales establecimientos de enseñanza.»

17. — Dos fines de la educación.—Las grandes obras del hombre tienen siempre dos fines, uno real y positivo, otro ideal.

El sér humano, por su carácter imperfecto y perfectible á la vez, finito é infinito; al obrar se señala un fin que es el conjunto de todas las perfecciones conocidas y que como tal, rebaza el orden real de las cosas y se remonta al ideal. Pero, por otra parte, de un modo instintivo, la razón humana que persigue aquél modelo vaciado en un orden superior, conoce que está fuera de su alcance, y aunque dirige sus fuerzas sin cesar al fin ideal, se conforma á menudo con el fin real y positivo, que es como un escalón que conducirá más tarde á la humanidad al fin ideal.

La ciencia educativa tiene su fin ideal trazado por algunos pedagogos y filósofos, entre los cuales descuellan Tiberghien, Ahrens, Krause y su escuela; filósofos que buscan la perfección humana sobre la tierra, en los límites posibles, señalando la educación como elemento esencial para llegar á ese ideal, soñado primero por la filosofía platónica y después por el panteísmo racionalista de Krause.

Más aquí se tropieza con el problema de la perfec-

tibilidad humana, resuelto ya en pro, ya en contra por las diversas escuelas filosóficas, según las tendencias y espíritu de ellas.

Bueno es hacer algunas consideraciones sobre este debatido problema, puesto que toca tan de cerca al asunto que nos ocupa.

Dos partidos han entablado prolongada lucha y se disputan el triunfo en el campo de la filosofía; uno que defiende la perfectibilidad humana, y su contrario que la ataca.

El primero, ardiente y apasionado, casi poético, asegura haber vislumbrado á través de las sombras que rodean á la especie humana y no obstante las miserias del hombre, su limitación é imperfectibilidad, puestas de bulto por la ciencia que del hombre se ocupa y corroboradas por la Historia; asegura, decimos, haber vislumbrado, un porvenir halagador, apoyándose en las teorías que se han forjado sobre el destino definitivo de la especie humana, sobre las leyes de un progreso constante enseñado por la experiencia, sobre ciertos sistemas filosóficos que del bien y el mal han explanado algunos pensadores, sobre el estudio cada día más profundo que se ha hecho de la parte psíquica del hombre. Esta escuela, que tiene partidarios de mérito y saber, cree que la educación y la ciencia harán alcanzar á la especie humana, la perfección por ellos soñada. Consecuentes con tal doctrina, razonan así:

«El entendimiento humano y la voluntad, están naturalmente inclinados al bien, á la generosidad, á la benevolencia y á la filantropía; el salvaje es el mode-

lo de todas las virtudes. Las pasiones mezquinas fueron infiltradas en el pecho de los hombres por la tiranía de los reyes, los engaños de los sacerdotes y la opresión de los ricos.»

«Conceded, pues, el dogma de que la luz de los conocimientos y los progresos de la educación están hechos para estirpar todas las propensiones carnales y salvajes del género humano, y preparar un reino de paz é inocencia.»

Sus contrarios, apoyados también en la experiencia y en la Historia, en las estadísticas de criminalidad, en el nivel moral en que siempre ha estado la humanidad; argüyen de muy distinta manera.

«El estudio de la naturaleza humana, dicen éstos, nos enseña que *el hombre nace inocente, pero con disposiciones al mal*, que el corazón es engañoso sobre todas las cosas y desesperadamente perverso, que las tendencias del pecado son poderosas, inmediatas y tales que ciegan y cautivan los sentidos, mientras que las esperanzas que nos ofrece la virtud son remotas, lentas y de difícil ejecución; que los goces *inmediatos* y los placeres son la recompensa del primero y el trabajo, los esfuerzos y la abnegación, son los sacrificios que desde un principio nos impone el segundo; estos distintos motivos de acción están colocados ante unos seres universalmente deseosos de goces inmediatos y, en comparación, muy poco accesibles al influjo de consideraciones remotas.»

Estas, entre otras, son las razones que exponen ámbos partidos.

Oigamos opiniones personales:

«Existe una gran ley de la naturaleza contra la cual se han estrellado todos los esfuerzos que se han hecho para conseguir la mejora social. No es difícil conocer qué causa ha producido todos esos resultados y desmentido tantas veces las esperanzas de los más ardientes amigos de la humanidad. El efecto que ha producido todo esto, ni es nuevo ni desconocido; se descubre en todos los recuerdos de la humanidad y está inscripto en todas las páginas de la historia; pero es una doctrina que será la última que admitirá el género humano hasta el fin del mundo, porque así se lo impide el amor propio: *La corrupción del género humano.*—ALISON.»

«No somos de aquellos que creen en el dogma de Lord Palmeston: que todos los niños nacen buenos.

«Enj general, es lo contrario y aunque sea insostenible, nos parece ménos distante de la verdad. No convenimos con aquellos que piensan que por medio de una disciplina hábilmente establecida pueda hacerse que los niños lleguen á ser enteramente lo que debían ser. Estamos convencidos de que, aunque sus imperfecciones naturales puedan disminuirse, no es posible corregirlas completamente por la educación. El pensamiento de que una humanidad ideal podía producirse inmediatamente por un sistema de educación perfecta, se acerca bastante al indicado en los poemas de Shelley, de que si la humanidad abandonase sus antiguas instituciones, sus antiguos errores y preocupaciones, todos los males del mundo desaparecerían en seguida. Pero ninguna de estas teorías pueden ser aceptables por los que hayan estudiado desapasionada-

mente las cosas humanas.—HERBERTO SPENCER.»

«En general, dice Broussais, el niño prefiere el mal al bien, porque así satisface mejor su voluntad y encuentra más emociones por esto se le vé tan á menudo recrearse en romper objetos inanimados. se deleita en atormentar á los animales (*esta edad no tiene compasión*, había ya dicho un gran filósofo) saborearía con el mismo gusto el tormento de los individuos de su especie, si no estuviera contenido por el temor.» (1)

Veamos ahora las opiniones de los defensores de la perfectibilidad.

«Todo sér nacido debe alcanzar un día el fin de su vida individual y emanciparse del mal en cuanto sea posible, por la cultura de su razón, por la formación de sus convicciones y de su carácter, y por el desenvolvimiento de sus fuerzas morales. Un gran número de espíritus han alcanzado ya la certidumbre y la posesion de este bien, que es como el anuncio de la proximidad de los demás bienes de la vida. Después de la expiación de sus faltas, se ha prometido la salvación á todos los hombres.

«Vencido el pecado, deben extinguirse progresivamente, como falta de alimento, las otras formas del mal, cuando ya no estén sostenidas por el desenvolvimiento de las pasiones. Lo que resta, después que los hombres se hayan unido entre sí y con Dios mediante el amor, no podrá alterar la serenidad del sá-

1 San Agustín se expresa del mismo modo. Véase su Ciudad de Dios.
—Véase igualmente á Eurípides, Tragedia de Hipólito, acto 2.º, escena 2.—De igual parecer son San Pablo y Racine.

bio, ni turbar su felicidad, y sólo servirá para que las criaturas conserven el recuerdo de su debilidad.—G TIBERGHIEU.»

"La paz perpetua no es una utopía irrealizable, es una promesa de los tiempos antiguos, una esperanza renovada por el cristianismo, un destino que los pueblos conciben siempre con claridad, y que realizarán, un día seguramente, cuando penetren, por medio de la cultura pacífica de todo lo que es divino y humano, á la senda que la Providencia ha trazado para el perfeccionamiento incesante de la humanidad.—E. AHRENS."

Toda la filosofía de Krause, predica un gran perfeccionamiento individual y social que asegura se tendrá que realizar en el porvenir. La obra de este filósofo, "El ideal de la humanidad," está consagrada á poner de relieve las gratas esperanzas que alimenta esta escuela, la cual cree que la humanidad apenas está en la edad juvenil, y que aun no ha alcanzado sino de una manera vaga la conciencia de su objeto social, que el porvenir reserva la realización del ideal, y que, por fin, la humanidad será en lo futuro feliz, justa, buena y hermosa.

Dejando á un lado la autoridad humana, entremos al fondo de la cuestión, examinándola desde el punto de vista filosófico, para ver de qué parte está la razón en este asunto de tanta trascendencia para la educación.

La perfección del hombre sobre la tierra, debe ser en sus principios más elementales, la perfección de la esencia ó naturaleza del sér humano, la perfección de la vida ó existencia que pasa y se desarrolla en el

tiempo, y la perfección de la relación entre estos dos fundamentales elementos. Más claro: la perfección de la esencia, de la actividad y de la relación entre ambas. Estas tres *perfecciones*, unidas, producen el bien realizado por el hombre en la vida, ó sea la virtud humana, que consiste "en el completo acuerdo entre la perfección de la vida espiritual y de la vida física, entre la virtud del espíritu y la del cuerpo, entre la moralidad más pura y la salud más completa: *mens sana in corpore sano*."

«La *virtud* del espíritu y la del cuerpo, son dos manifestaciones parciales de la virtud humana, lo mismo que son dos partes del mundo el espíritu y el cuerpo. La virtud humana es una, como uno es el hombre, sobre la dualidad de alma y materia.» (1)

Según esto, la perfección humana exige la perfección del espíritu y el cuerpo y de las relaciones entre ámbos. La perfección del espíritu en la vida exige estas condiciones:

«La subordinación de la voluntad á la ley moral, y la supremacía de la voluntad sobre las fuerzas, tendencias y manifestaciones particulares del espíritu. A la voluntad corresponde el gobierno de todas las energías del alma; y si la dirección de la voluntad está de acuerdo con la ley y por consiguiente con Dios, se despliega la vida espiritual bajo todas sus fases como una obra de arte en armonía con su principio, es decir con el bien.» (2)

1 Mandamientos de la humanidad.—G. Tiberghien.

2 Mandamientos de la humanidad.—G. Tiberghien.